á tres por las calles vecinas á la plaza de abastos. Cada escaparate es una magia, un hechizo cada percal estampado, un filtro cada gorro de recién nacido ornado de flores de trapo, lentejuelas de plata y airones rojos. Para ellas Marineda es seductor abismo que las atrae, y donde desean caer, convirtiéndose en cigarreras, ó en criadas de servicio. ¡Es la *Vila!*

Hoy no digo más de la herculina Marineda; ya consumiré otro turno. Quisiera ser nada menos que un Dante,..... en primer lugar, por serlo; y en segundo, por inmortalizar «el lindo redil donde dormí cuando corderillo.»

¿IDIOMA Ó DIALECTO?

PRETENSIONES nobiliarias no las tienen solamente las familias, sino también los pueblos, y estas pretensiones las descubren cuando está en juego la estimación de su habla. Por eso muchos escritores de nuestra tierra, entre ellos mi respetable amigo el Sr. la Iglesia (D. Antonio,) no pueden sufrir ver aplicado al gallego el nombre de *dialecto*, y hoscos y doloridos reclaman para él el dictado de *idioma*. Á nadie debe sorprender tan vidriosa delicadeza, si recordamos las glorias que reclamaba el vascuence, de haber sido hablado por nuestros primeros padres en el paraíso terrenal; y, con

más seriedad y más aparato científico, el empeño del sabio filólogo Raynouard, magistralmente impugnado por Augusto Guillermo Schlegel, de demostrar que del siglo VI al IX toda Francia hablaba en provenzal, y que del mismo provenzal se derivan el francés, el italiano, el portugués y el español.

Para traer á terreno despejado este problema, acerca del cual se puede discutir diez años seguidos derrochando erudición sin sacar en limpio gran cosa; para uso sobre todo de las personas ajenas á estudios filológicos, pero amantes del país y de la vieja habla, y capaces de creer, viendo cuanto se trabaja á fin de probar que Galicia tiene un idioma propiamente dicho, que sería humillante para ella no tenerlo, intentaré resumir en pocas páginas, con claridad que raye en transparencia, el fondo de la cuestión.

Ante todo, ¿qué significa la palabra *dialecto?* Según los diccionarios, lengua que tiene con otras un origen común, aunque se diferencie de ellas en las desinencias y en la sintaxis. Admitido lo cual, ya no es posible dudar ni un minuto que el gallego sea dialecto real y efectivo; pero con serlo no se le bajan poco ni mucho los humos, porque en igual categoría están comprendidos los que universalmente llamamos idiomas. En efecto, el castellano, el italiano, el francés, tienen origen común y son todos dialectos

del latín. Sonlo igualmente el portugués, el rumano y el valaco. Y el latín á su vez, ¿qué es ante la filología? Uno de los muchos dialectos hablados por las tribus arias moradoras del territorio latino. ¿Será más encumbrada la alcurnia del griego? Tampoco, ni la del sánscrito; pues ambos, como el latín, proceden de una lengua primitiva, de la cual desciende la numerosa y opulenta familia de los lenguajes indo-europeos.

Dibujemos rápidamente este árbol genealógico, cuyas ramificaciones, gracias á la sagacidad de nuestro Hervás y á los perseverantes esfuerzos de Bopp, Kuhn, Grimm y otros muchos sabios, son ya bien conocidas. Comparado el sánscrito con el griego y el latín, y demostrado que estos tres magníficos lenguajes proceden de la misma lengua antigua y perdida ya, se ha visto que igual origen tienen las lenguas célticas, las teutónicas, las eslavas y las persas: de modo que así el zendo como el esclavón, así el parsi como el caledoniano, todos, retraídos á su raíz común, son dialectos de esa misteriosa lengua, hablada, durante la noche de los tiempos, por una tribu de arios, que allá en una elevada meseta del Asia Central se dedicaban á las faenas agrícolas; pues la raza ariana es de todas las humanas la que mejor obedeció al precepto divino de regar la tierra con el sudor de su frente.

Por este lado juzgo evidente que el gallego no escapa de ser dialecto, lo cual en nada le deprime; pero, como disto mucho de inferir á sus panegiristas extremosos la ofensa de que ignoren cosas tan sabidas y vulgares, entiendo que cuando protestan contra el nombre de *dialecto*, lo que rechazan es la idea de *patué*, (voz castellana, tomada de la francesa *patois*, que aquí no ha hecho fortuna porque casi nadie la emplea, pero que es indispensable para las presentes aclaraciones.) Ahora bien: ¿qué debe entenderse por un patué? Según los léxicos, un habla grosera y corrompida, como usada por gentes de baja condición y en lugares aislados y atrasados; en suma, una jerga villanesca; mas esta definición, tratándose del gallego, la rechazo por injuriosa, y prefiero otra más ingeniosa y más equitativa, la de Sainte Beuve, que al estudiar, á propósito del peluquero-poeta Jazmín, la decadencia del provenzal, esa habla de temprana florescencia, ahogada en sangre de sus cultivadores, y decir como pasó al estado de patué, añade: «Yo llamo patué á una lengua antigua que vino á menos, ó á una lengua muy joven que aun no ha podido formarse.»

El primer concepto es exactamente aplicable al gallego, y expresa muy bien su destino. El gallego es una lengua antigua venida á menos; como el provenzal, formóse precozmente; como

el provenzal, madrugó en prestarse al cultivo y á las galas de la poesía lírica; como el provenzal, fué lengua de trovadores, decidores y juglares; como el provenzal—aunque con menos violencia—las vicisitudes políticas la hirieron en un momento crítico de su desarrollo, cuando cabalmente tomaba vuelo y prevalecía la destinada á ser lengua nacional española. En suma, el gallego es un romance, igual en su nacimiento á los otros en que el latín se descompuso, traído luego al estado de patué por el mutismo de la literatura y la fuerza de las circunstancias históricas, y renaciente en las letras desde la segunda mitad del siglo XIX. De aquí, bien mirado, resulta que las cuestiones de precedencia entre romances son ociosas, y baldío el empeño de derivar los unos de los otros. Filológicamente, ningún romance procede de otro romance: todos ellos son corrupciones fonéticas y renovaciones dialectales del latín, quien á su vez lo es de esa venerable lengua, madre común del griego, latín y sánscrito; y ésta—si nos determinamos á sepultarnos más todavía en la oscura sima de los tiempos primitivos—será un dialecto de la lengua originaria, fuente y manantial de todas las lenguas, donde brotan unidos para separarse después los tres ríos caudalosos de los idiomas indo-europeos, semíticos y turaníes.

He aquí como, ante la lingüística, no tiene

nada de afrentoso el nombre de dialecto, ya que bien mirado, *dialectos* son todos los lenguajes del mundo; ni el de patué, ya que sólo expresa un estado accidental y fortuito de una lengua; lo que llamaríamos en lenguaje escolástico una modalidad. Pero la palabra *dialecto* tiene otro sentido, el que le dan las ciencias históricas; y á la luz de estas ciencias, dialecto es el gallego igualmente.

En el sentido político y social, juzgo ocioso demostrarlo, porque sería como si me pusiese á probar muy detenidamente que Madrid es la capital de España. Repito que la distinción entre *dialectos* y *lenguas nacionales* es artificiosa y no toca á la esencia, sino á la forma de los lenguajes: no obstante, la ley divina que rige el curso de los acontecimientos históricos, ley de progreso y de benéfica transformación cuando la miramos con ojos serenos, influye también en la victoria de una lengua sobre las demás, en territorios que tienen destinos y fines comunes. Acertadamente opina Max Muller que la lengua de Roma no hubiera sido la misma si, en vez de los patricios, hubiesen triunfado los plebeyos en el duelo á muerte de Mario y Sila; y nosotros los españoles, que empleamos un romance formado con la alteración del latín ¿qué hablaríamos, si en lugar de destruir Roma á Cartago, sufriese Roma el yugo de su africana rival? De fijo un idioma púnico.

Lengua nacional es tan sólo, en el sentido político, la que logra prevalecer é imponerse á una nación; y las demás que en ella se hablen, dialectos. Estos idiomas nacionales llevan en sí elementos de fuerza, resistencia y vida, que siquiera no procedan de íntima virtud, y se deban á circunstancias exteriores, alcanzan á asegurarles fecundidad, longevidad y carrera próspera y brillante. No importa que, como el latín, pasen al estado de lenguas muertas, porque, roto su molde clásico, sobreviven en formas innumerables, adoptadas por naciones poderosas. Del latín saldrán los hermosos romances, mientras los idiomas de las razas políticamente subyugadas, cual la céltica, perecerán en algún rincón desierto, extinguiéndose, como el patué de Cornualla, en labios de una aldeana vieja.

Las unidades nacionales, al formarse, propenden á establecer la identidad de lengua, eligiendo entre sus dialectos: así sucedió en Francia con el de *oil*, en Italia con el toscano, en España con el castellano; y si para la filología no hay clases, y el informe aullido del insular occeánico es tan digno de estudio como la lengua de Eolia que produjo las poesías de Safo y Alceo, para el historiador, el crítico y el artista, los idiomas adquieren muy distinto valor y quilates cuando son el verbo de una civilización luminosa, cuando en ellos resonaron arengas de oradores y

grandes capitanes, himnos de excelsos poetas, ó altas verdades filosóficas; y para el miembro de una nacionalidad compacta y fuerte, son inseparables los recuerdos de su historia y el idioma en que los aprende y celebra. Donde no hay instituciones ni lazo nacional, también las lenguas son movibles é inconsistentes, como la arena del desierto bajo el pie del nómada. Entre las tribus salvajes, dos ó tres generaciones cambian por completo una lengua, y entre los griegos y latinos se hace de mármol por la cultura literaria, rico fruto de la nacionalidad. Bien lo expresaba á principios del siglo XVII el filólogo lusitano Nunes de Leão, cuando decía que la lengua portuguesa, igual en un principio á la gallega, se le aventajó después por haber en Portugal una corte. Cotejando el gallego con el castellano, podemos adoptar sin vacilación el sentir de Littré respecto á los dialectos franceses, que «no son»—dice—«desmembraciones de otra lengua francesa existente, sino que en puridad son anteriores á la lengua francesa, ó para aclararlo más todavía, la lengua francesa actual es uno de estos dialectos, que ganó, por circunstancias extrínsecas y políticas, la primacía entre los restantes.»

Tengo para mí que, entendida esta sencillísima explicación de la procedencia de los idiomas, y aceptada como se aceptan los hechos

generales, que no está en mano del individuo negar ni suprimir, cesarían muchas prevenciones, apologías y disputas, y se reduciría á su justo valor la demostración de la antigüedad de un lenguaje que ha venido á ser, andando los tiempos, el patué de Galicia. Nada influye en la preponderancia definitiva de una lengua su antigüedad, antes es dato negativo muchas veces; ni aun su estabilidad, pues es ley en ellas la variación hasta cuando subsisten, y según dijo bellamente Mayans, «son las lenguas como los ríos, que porque conservan muy de antiguo sus nombres, se tienen por unos mismos; pero el agua que por sus cauces está ahora corriendo, no es la misma que pasó.» Los que llamamos romances, son de ayer; tienen, en su estado actual, bien fresca la ejecutoria; y sin embargo reinan indiscutidos, mientras el latín en su forma clásica es una momia de idioma, embalsamada, sepultada en magnífico mausoleo, pero al cabo, momia. Si Galicia quisiese remontarse á los orígenes en materias filológicas, tendría que saltar más allá del romance, é investigar cuál pudo ser su idioma anterior á la romanización de la Península; aquél que *ululaban* los guerreros galáicos; el lenguaje de aquella raza cuya profunda huella lleva en las costumbres, en el carácter y en el tipo étnico. ¿Cómo sería la lengua de esa raza? ¿Perteneció á los idiomas flexionales ó á los

aglutinativos? ¿Fué con seguridad céltica? ¿Sería algo análogo al kimri ó algo semejante al vizcaíno? ¿Por qué desapareció?

Hoy el gallego posee, como el catalán y el provenzal, una nueva literatura propia; pero á diferencia de estos dos romances meridionales, el gallego no lo hablan los que lo escriben. Esta anomalía curiosa hace que, para los nacidos en tierra galaica, llegue á ser ambigua y difícil la recta interpretación de aquella elocuente cláusula de Juan de Valdés, en su *Diálogo de las Lenguas:* «Todos los hombres somos más obligados á ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que la que nos es pegadiza y que aprendemos en los libros.»

CORRECCIÓN Y POSTDATA

AL DISCURSO SOBRE «LA POESÍA REGIONAL GALLEGA.»

Por tarde que conozcamos los propios yerros, siempre es ocasión de aprovechar la de confesarlos, sin disminuir en nada su magnitud, y, se sobreentiende, con firme propósito de la enmienda. Lo peor es errar mediante ignorancia invencible. De este modo habré errado mucho; pero cuando menos, al errar del otro, tengo prevenido el esplícito reconocimiento del pecado, y hasta el de las circunstancias agravantes. Pedir que me deje en el tintero las atenuantes, sería imponerme un estoicismo de que no me reconozco capaz.